

estaba en atacar las bases del orden establecido, sino en no llevar á éstas las nuevas aspiraciones del país.

Que los liberales se exageraran los peligros que amenazaban á la libertad, que con fines políticos se dió la voz de alarma, todo esto puede ser cierto, pero indudablemente también era legítimo, y esto lo prueba que Francia entera se dejó almar por la prensa, y cuando la prensa ejerce tan grande poder, es indudable que no hace más que expresar los temores del país.

Acababa precisamente de regresar de su último viaje á América Lafayette, cuyo viaje dejamos contado en nuestra Introducción, y cuyas profecías realizadas ya casi todas, demuestran que el general no era tan menguado político como han querido presentarle los enemigos de su tendencia democrática, incluso Gervinius; y si Lafayette, después de los desastres para el partido liberal ocurridos en Europa de 1820 á 1823, se marchó ó escapó á América como quieren sus enemigos, si llegó á desconfiar por un momento del triunfo de la libertad, si se descorazonó, esto puede reprendérsele, pero sin olvidar que su desmayo fué general.

Aquí entra bien observar, cómo en medio de aquel gran desastre, los únicos que no desmayaron fueron los hombres consagrados al estudio, á la ciencia y al arte; cómo en medio de aquella tremenda crisis por que pasó la libertad, ellos solos continuaron defendiéndola en sus obras, afirmando la independencia de la razón, los derechos de la personalidad humana y la independencia y autonomía de los pueblos; pero tampoco se ha de olvidar que entre los que se baten á retaguardia para dirigir las operaciones y los que combaten en primera fila, las circunstancias son diferentes. A éstos es muy natural concederles que alguna vez puedan, cuando les arroja la metralla ó una carga, volver las espaldas para rehacerse detrás de los que los sostienen; lo que no se puede conceder es que los que dominan la situación puedan abandonar el combate por un pánico momentáneo.

Los hombres de ciencia, los que hicieron la revolución de 1830 con sus doctrinas, los que la anunciaron en los mismos días que más pujante estaba la reacción, no demostraron el dón de la clarividencia, porque no hicieron más que afirmar una conclusión de un silogismo. Si la Europa había gozado de la libertad constitucional y democrática; si la Europa no la había combatido al combatir al déspota que quería representarla á la vez que la anulaba, ¡cómo, desaparecido este representante, no había de

volver Europa sus ojos al régimen liberal! Esto, que sabían los hombres de ciencia; esto, que sabían y enseñaban por los nuevos y grandes progresos realizados por la ciencia en todos los ramos del saber humano, y en estos mismos días, representada la lucha política en el mismo campo científico por la guerra entre Cuvier, y Geoffroy Saint-Hilaire sobre lo que hoy llamamos teoría transformista, esto escapaba al hombre político que está, en la política trascendental con el sabio, en la misma relación que el soldado con el general. ¡Cuántas veces el pobre soldado, al caer con su regimiento entero bajo la metralla enemiga, no habrá dado por perdida la batalla que precisamente ganaba el general con el sacrificio de aquel!

El espíritu del siglo, que se había eclipsado cuando la reacción cantaba sus triunfos, había rehecho á los derrotados, los había reorganizado y los había enviado de nuevo al combate: esto es lo que había pasado de 1823 á 1829. Lafayette se había dejado arrastrar por el pánico de los suyos: concedido. Esto mismo había sucedido más de una vez á Napoleón. Pero ahora volvía Lafayette á ocupar su puesto: la debilidad de un momento no era, pues, ni una defección ni una cobardía.

Lafayette acababa de regresar de un viaje triunfal por los Estados-Unidos en los precisos momentos en que Carlos X, ó mejor, el conde de Artois, como le llamaba ya de nuevo el mismo Royer-Collard, desafiaba á Francia con su gobierno de resistencia.

¿Cómo el partido liberal, exaltado ya por los grandes honores que la gran república americana dispensó al compañero de armas de Washington, había de dejar pasar la ocasión de continuar aquella serie de significativas manifestaciones en honor del hombre liberal?

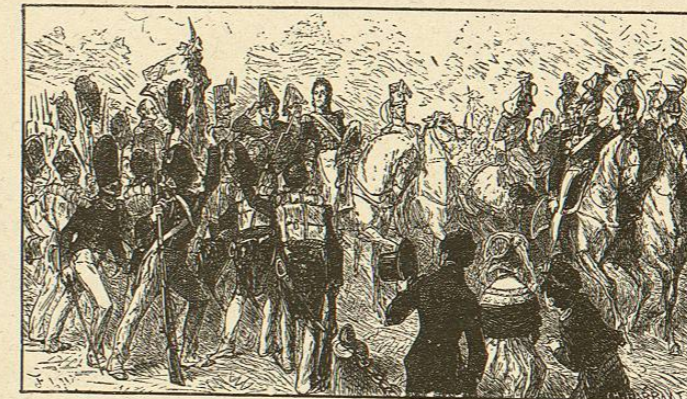
Así sucedió: en efecto, Lafayette fué en todas partes recibido y aclamado como el jefe de la oposición del país contra el gobierno de resistencia.

Quiso el gobierno, quiso el rey oponer viaje á viaje, manifestación á manifestación, y envió al Delfín á viajar por las provincias fieles, por las provincias realistas, por la Bretaña y la Vandée, recibiendo la más completa desilusión. Fuera del elemento oficial, no se consiguió reunir á nadie más junto al heredero del trono. Un baile se le quiso dar en Cherburgo, y se tuvo que suspender por haber declarado las más distinguidas familias que dejarían de asistir al mismo. Y de Bretaña mismo salió el ejemplo de las sociedades de seguros, ya conocidas,

contra los riesgos políticos, sociedades que el gobierno quiso hacer condenar, sin poder conseguirlo; pues los tribunales, apartando sistemáticamente los dos capítulos de acusación de atentado contra el orden público y contra la independencia de la Corona, castigaban sólo dichas asociaciones por «descon-

siderar al gobierno,» imputándole la intención de faltar á las leyes del país.

Para los realistas previsoros, el fin de la monarquía borbónica fué ya, desde este momento, el de una letra librada á plazo fijo: el plazo había de espirar el día en que finiera el gobierno de Polignac.



Proclamación de Luís Felipe II